

Fermín Goñi

EL HOMBRE de la **LEICA**

La conspiración golpista que dio
origen a la guerra civil española



COLECCIÓN POPULAR

1011

EL HOMBRE DE LA LEICA

FERMÍN GOÑI

El hombre de la Leica

La conspiración golpista que dio
origen a la guerra civil española



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Tercera edición, FCE España, 2025

Primera edición, FCE Argentina, 2025

Goñi, Fermín

El hombre de la Leica : la conspiración golpista que dio origen a la guerra civil española / Fermín Goñi. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2025

482 p. ; 14 × 21 cm – (Colección Popular)

ISBN: 978-987-719-634-4

1. Literatura Española 2. Novelas Históricas 3. Guerras Civiles–
I. Título

CDD 863

Distribución mundial

© 2005, 2015, 2025, Fermín Goñi

D. R. © 2025, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.
Costa Rica 4568; C1414BSH Buenos Aires, Argentina
www.fce.com.ar / editorial@fce.com.ar

Por acuerdo con Fondo de Cultura Económica de España, s. l.
Calle Fernando el Católico, 86; 28015 Madrid
editor@fondodeculturaeconomica.es
www.fondodeculturaeconomica.es

Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México
www.fondodeculturaeconomica.com

Diseño de cubierta: Carmen Paredes

ISBN: 978-987-719-634-4

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en español o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - *PRINTED IN ARGENTINA*
Hecho el depósito que marca la ley 11723

«La verdad es que, cuando Franco, ese sapo iscarote y ladrón, con su gran escuadrón de cardenales y banqueros, se atrevió a decir que la guerra de España era una “cruzada religiosa” y que Dios estaba con ellos... al poeta le entraron unas ganas irrefrenables de blasfemar».

LEÓN FELIPE, *Del poeta maldito*,
1941-1942-1944

ÍNDICE

1. <i>El cubano será el gerente</i>	11
2. <i>Mi muerte</i>	18
3. <i>La reunión en Madrid</i>	26
4. <i>Esto comienza bien</i>	31
5. <i>Democratizar el Ejército</i>	39
6. <i>Tratar de obtener información</i>	46
7. <i>Se acabaron las revoluciones comunistas</i>	64
8. <i>El mirlo blanco</i>	70
9. <i>Quiapo de Llano, el general más veleta</i>	88
10. <i>Instrucción reservada número 1</i>	96
11. <i>Franco no propone nada</i>	114
12. <i>El general Sanjurjo es la persona</i>	122
13. <i>Noticias de la Falange Española</i>	147
14. <i>El director del Diario de Navarra</i>	157
15. <i>El orden público no está garantizado</i>	171
16. <i>En Madrid, antes de diez días</i>	184
17. <i>Algunos dirigentes políticos no son prudentes con sus palabras</i>	195
18. <i>La hormiga, a paso de percherón</i>	202
19. <i>Hijos sí, marido no</i>	221
20. <i>5000 billetes de cien pesetas</i>	236
21. <i>El director de ABC busca un avión en Londres</i>	241
22. <i>Comienza la fiesta</i>	246
23. <i>Sin avances en la Guardia Civil</i>	287
24. <i>Rodríguez Medel, el primer asesinado</i>	292
25. <i>Los cimientos están en África</i>	333
26. <i>Muere el general Sanjurjo</i>	345
27. <i>La tropa multicolor llega a Logroño</i>	372
28. <i>La guerra es una cruzada por la religión católica ...</i>	379
29. <i>Croquis Bilbao</i>	419
30. <i>Aguirre, a ti no te salva ni San Miguel</i>	426
31. <i>¡Viva Madrid sin gobierno!</i>	442

32. <i>Veintidós toneladas de bombas sobre Guernica</i>	454
33. <i>Franco viaja con el brazo de Santa Teresa</i>	473
34. <i>Un regalo envenenado</i>	476

EL CUBANO SERÁ EL GERENTE

—Consuelo —dice.

Ella está perdida en sus quimeras por la habitación de la plancha, ajena al manajo de documentos en papel cebolla que se enmascaraban sobre los anaqueles de la estancia bajo sábanas plegadas con ramitas de menta y romero, separadas entre sí por membrillos tostados por la falta de luz. Ignora que en las copias amarillas que habían estado escondidas bajo el ajuar se agazapan órdenes, instrucciones, proclamas, bandos, claves cifradas, listas de afectos, de desafectos, de enemigos a eliminar en las primeras veinticuatro horas, movimientos de tropas...; en fin, la intendencia programática de una asonada militar que va a poner fin al estado calamitoso en el que se encuentra España. Eso filosofan ellos. Rumian que las gentes de bien y de orden, los patriotas, los que fueron arrojados por la turba multa de izquierdas, por los socialcomunistas, fuera del parnaso en las elecciones de febrero están en posición de espera, el cogote bien alto y firme el talle, a la expectativa de recibir la instructa que ha de liberar las amarras que amordazan la patria. «Es la hora de salvar a España», dijo en abril el capitán Carlos Moscoso del Prado durante una de las reuniones conspiratorias celebradas en un piso de Pamplona, y a ese afán están dedicados desde entonces.

Consuelo sabe, pero no sabe. Ha escuchado conversaciones que, de haberse conocido en tiempo y forma, hubiesen hecho acabar a su marido, el general de brigada Emilio Mola Vidal, comandante militar de la plaza de Pamplona, y a otros como él, frente al pelotón de fusilamiento. Por eso es que sabe, pero no sabe: en realidad no quiere saber porque vislumbra el albur, los peligros y el riesgo de quedarse viuda, frizando los cuarenta, con cuatro niños —María Ángela, Emilio Joaquín, *Emilín*,

María Dolores y la mayor, María Consuelo, de doce años—todavía amarrados a los pliegues de su falda. Ella, María de la Consolación Bascón y Franco, jamás preguntó por nada, no comentó nada; incluso pasó gran parte de las comidas preparatorias de la conspiración mirando hacia otra parte, hacia aquella zona donde su vista no podía cruzarse con la vista de alguien. Ni siquiera la de su marido, el Director. Lo distingue porque ha avistado su firma al pie de los documentos que se escondían entre las sábanas plegadas, bajo ramitas de menta y romero, a la vera de membrillos listos para hacer compota. Ninguno lleva el nombre ni las iniciales de su marido, pero sí su firma intelectual que se agazapa bajo un eufemismo sincrético: el Director.

Aquel director de los años veinte, Miguel Primo de Rivera, capitán general y marqués de Estella, en su delirio de la Dictadura, llamó al papa vicergerente de Dios en la tierra; ahora, julio de 1936, los suyos han decidido que Mola, el cubano, sea el gerente, el Director de lo que está por venir y de lo que Dios mande. Todavía, a poco más de cuarenta y ocho horas para que la Legión y los Regulares se levanten en África contra el orden establecido y coronen los preparativos de una asonada que consume hasta lo más profundo los nervios de sus padrinos, no hay un solo conspirador que sea capaz de explicar el orden de los acontecimientos a partir del 17 de julio. Es la llamada de la patria, dicen al unísono, sin precisar una sílaba más. En los militares que conspiran, la patria es lo primero; luego está el honor disciplinario, Dios y el resto.

Para la carlistada —convertida por méritos propios en el soporte humano, en la coraza de la cambalada que está por llegar—, tres parcas palabras resumen el porvenir: Dios, Patria, Rey. En esta república dicen Rey, sí, rey: llevan siglo y pico luchando a tiros por instaurar una monarquía que, aunque la historia descolgó en la primera mitad del diecinueve, tiene todavía arrestos para reinar en España porque se reclama legítima, y la legitimidad es circunstancia que no se extingue ni prescribe. Así lo piensan ellos. Para más inri, Alfonso XIII, el hijo póstumo de María Cristina, el mismo que a los dieciséis

años fue declarado mayor de edad —contraviniendo la norma— para que pudiera reinar, está desde el 15 de abril en el exilio, en Roma, el destierro, purgando su debilidad de borbón frente a la clase política. «No merece reinar», dicen que ha dicho con desdén el conde de Rodezno, jefe carlistón. Sus acólitos creen, definitivamente, que es la hora del rey Alfonso Carlos Fernando José Juan Pío de Borbón y Austria-Este, Alfonso Carlos I de España —último descendiente directo de Carlos María Isidro de Borbón, Carlos V en el lenguaje carlista—, duque de San Jaime y de Anjou, teniente de los Zuavos Pontificios, general en jefe de los ejércitos sediciosos en 1873, un ilustre exiliado londinense casi nonagenario —desterrado, apuntan sus gentes— que parece estar la fecha apropiada en el lugar preciso, algo que el carlismo no ha sido capaz de urdir desde hace más de cien años.

A estas postreras horas, con las cartas echadas y los hados favorables como nunca antes en más de un siglo, el carlismo ya ha hecho suya la profecía del marqués de Valdegamas, José Donoso, aunque todavía no lo barrunta: el destino de los borbones parece ser alentar la revolución y morir a sus manos. Habrá tiempo, muertos, calamidades y mucha inquina hasta comprobar que las profecías de este tipo son las que se cumplen, incluso cuando sus protagonistas resignan la vida para tratar de evitarlas.

Consuelo conoce casi todo, y lo que ignora, si es que hubiera algo que desconoce, está en la mente poliédrica de su marido para consultarlo más adelante. No hay más que decir y por eso, al fin, ha llegado la hora, más exactamente el momento, de salir de naja, escapar del cuadro, romper el marco, y ver lo que está por venir desde un mirador de la costa vasca, en Biarritz, o en San Juan de Luz, que todavía no está clara la cosa. Lo ha decidido su marido, el general Emilio Mola Vidal, *Molita* para sus íntimos y el Cubano para los demás, que no quiere asumir más riesgos para su familia que el suyo propio: «si las cosas salen bien, si tomamos Madrid en una o dos se-

manas, no habrá Cristo que nos detenga y el resto será imparable», ha dicho con firmeza cuartelera no exenta de una parte de lógica. Pero si el azar —porque esta conspiración apoya una de sus patas en la suerte o la fatalidad— le vuelve la espalda, terminará sus días en una prisión militar y luego frente a un pelotón de fusileros como el militar que se sublevó contra el mandamiento constitucional para subvertir el orden de las cosas. Ya no hay vuelta atrás entre el martirio o la gloria; lo que está por llegar es imparable y así lo reconoce el Director a su piélagos de colaboradores cuando, alguno de ellos, se esfuerza en dorarle la píldora.

—Consuelo —confiesa Mola—: ha llegado el momento.

—¿Ha dicho Franco que sí? —demanda ella con la sorpresa que se refleja en el arco de sus cejas.

—Con Franco o sin él nos echamos a la calle. Se han acabado las vacilaciones porque el tiempo se ha agotado.

Doña Consolación, Consuelo, no pregunta a humo de pajas. En esa misma habitación, el cuarto de la plancha —que los confabulados han decidido llamar planchatorio—, donde han estado escondidos los documentos que inspiran la asonada y se han celebrado reuniones secretas de importancia extrema para los fines que persiguen, escuchó decir hace cuatro días que Franco duda. Vamos, que se cae del cartel. Incluso a finales del mes pasado habló con su marido —insoponible por aquellos días como no lo había visto jamás en los catorce años de matrimonio— del porvenir y, después de insistir hasta el desaliento, solo obtuvo esta rala respuesta que Mola dejó caer entre dientes:

—Me encuentro solo y luchando contra los de mi propio bando. Quizá, lo mejor para todos sea que yo me retire.

Por ese motivo, y porque su intuición le pide a gritos que salga de dudas, ella insiste sin bajar la mueca de sospecha que retumba en cada palabra que pronuncia.

—¿Ha dicho Franco que sí?

El general no se asombra y suelta de corrido:

—Franco ha dicho que sí y ya está en marcha. Su mujer y la niña salen mañana o pasado desde Las Palmas en el paque-

bote alemán Waldi con destino a Le Havre. Pensamos que para vosotras y los niños es mejor que no permanezcáis en España en esta hora trágica.

Consuelo trasluce la angustia acumulada desde que llegó a Pamplona.

—Qué miedo me da todo esto, Emilio. Y Franco, lo sabes a la perfección, no me gusta. No es santo de mi devoción.

Mola se pone ufano.

—No se trata de intimidarte, no lo debes ver de esa manera porque no es cierto y cometerías un gran error, Consuelo. Vuestro viaje, entiéndelo así ya que no se puede concebir de modo distinto, es un puro movimiento estratégico, otro más de los que forman esta gran partida que estamos poniendo en marcha. Fuera estaréis mejor y nosotros más tranquilos, añade el general con aplomo, eludiendo cualquier referencia a Franco.

Para quitar hierro a la conversación, el más seco de los generales españoles añade con un mohín:

—Te cambiaba en este instante los papeles: tú, con mis compañeros de milicia, y yo, a Biarritz, a bañarme, a pasear por el monte, a hacer fotos del paisaje...

—Si crees que es lo mejor para todos, así se hará —dice finalmente ella, acogotada por el peso repentino que ha de cargar, que carga ya, a sus espaldas—. ¿Para cuándo debo preparar las maletas?

—Para ahora mismo, Consuelo, porque no hay tiempo que esperar, y te ruego que la impedimenta no sea excesiva ni voluminosa para que pase inadvertida. Fernández Cordon os acompañará en un segundo coche, con dos policías de su confianza, por si hubiera algún contratiempo en el camino hacia Hendaya. Los niños y tú lleváis identificaciones falsas y os iréis a la frontera en el automóvil de Eusa, ya sabes, el arquitecto que me ha hecho en algunas ocasiones de chófer. Una vez estéis en Francia, personas de la más absoluta lealtad se ocuparán de vosotros: ni yo mismo conozco si será en San Juan de Luz o Biarritz donde quedaréis instalados, aunque en las dos ciudades estaréis bien y muy atendidos. Si todo sale conforme a

lo previsto, Dios así lo quiera, a primeros de mes nos juntaremos todos en Madrid. Confía en mí y reza, que es lo que conviene en estos momentos.

—Hace meses, desde que llegamos a Pamplona, que no hago otra cosa que rezar.

—Eso no hace mal a nadie, cariño.

Mola es hombre de expresión parca y gesto severo, pero, en esta hora que todos consideran histórica, abraza a su mujer acordonados ambos por las sábanas blancas que escondían las claves de una conspiración, en la confianza de que nadie, ni sus más íntimos, puede captar una escena de tamaña emotividad. La habitación es ciega y de tabiques tan consistentes que ni siquiera pudieron oírse extramuros los gritos que el propio general fue soltando en algunas de las reuniones que mantuvo con muchos colaboradores, cuando las cosas empezaban a torcer el rumbo por las vacilaciones que comunicaban sus con-militones, Franco el primero. Apretados en silencio de sepulcro, al resguardo de una luz amarilla que oscila y tintinea, Mola contempla los techos y deja caer un comentario insulso para descoser la agitación que huele en su esposa.

—Este palacio en el que nos encontramos ha sido residencia de reyes. Fue mandado edificar en 1190 por Sancho VI el Sabio —dice con los ojos cerrados, sin soltar las amarras que lo unen a su mujer—. Aquí murió Carlos II el Malo, aquí pasó su última noche como rey de España José Bonaparte, y aquí hemos vivido nosotros, Consuelo, estos días... (a la memoria del general llega el recuerdo del asesinato el día anterior del diputado del Bloque Nacional y jurisconsulto José Calvo Sotelo, la gota que ha rebosado el vaso), días trágicos en la historia de nuestra patria.

Mola respira profundo y continúa; pretende insuflar voluntad y temple.

—De aquí, de este palacio de reyes y virreyes, Consuelo, partimos los dos hacia la gloria.

—Deseo que Dios te oiga, Emilio, y que a todos nos proteja —responde antes de besar a su marido en la mejilla, sudorosa, con la mirada perdida y los ojos, saltones, brillantes de lágrima.

No hay un adiós para la familia porque no hay que dar tres cuartos al pregonero, cree el general. Consuelo se ha despedido de su marido, pero este no lo ha hecho de los niños —ajenos a la martingala que se trae su padre—, que marchan del palacio felices porque viajan en coche y vuelven a ver una playa, las olas, el mar. La única explicación que han recibido, y que es la oficial a todos los efectos, es que van de fin de semana a la costa, aunque hoy, quince de julio de mil novecientos treinta y seis, festividad de San Buenaventura, es miércoles.

Las celebraciones de San Fermín acabaron antes de ayer para todos y la ciudad está todavía en letargo y semidesierta, asimilando de manera cansina siete días de bullicio con trombas de agua y granizo, calor y mucho alcohol. Finalizó la huelga de los obreros de la construcción, pero continúa la de los ebanistas y, entre medias, al gitano Jesús Jiménez, vecino de Corrella, que es un detenido reincidente, la autoridad gubernativa le ha impuesto una multa de 250 pesetas por llevar camuflada en el refajo una navaja con veintitrés centímetros de hoja; lo han dicho los periódicos porque así lo ha contado en conversación con los plumillas el gobernador civil, Mariano Menor Poblador, un recién llegado de Zaragoza sin méritos especiales para ocupar el cargo. No hay más información del orden público, ha añadido el poncio, perspicaz como político que es, cuando solo faltan horas para que se arme la de Dios es Cristo y comience a correr la sangre.

MI MUERTE

No quiero que estas páginas sean tomadas como memorias: son reflexiones *calamo currente*¹ ahora que todavía estoy vivo, si es que así puede considerárseme porque a los efectos, desde septiembre de 1924 (en este momento no recuerdo el día exacto), soy un militar que rindió sus servicios a España en primera línea y murió en Dar Akobba, de acuerdo con lo que publicó *La Unión Mercantil*, de Málaga. Soy un muerto viviente, un interfecto, aunque no sé por cuánto tiempo más.

De *mi muerte* recuerdo algunas cosas. Nos encontrábamos en Tetuán, en la Alta Comisaría, invitados a comer por don Miguel Primo de Rivera, jefe del Gobierno, al que había saludado esa mañana en el poblado de Ben Karrich. El presidente insistió tanto en que asistiera al almuerzo que no tuve tiempo de buscar entre mis pertenencias, en el hotel Alfonso, alguna que pudiera suplir los andrajos militares que llevaba puestos: estábamos en guerra y yo iba con ropa de faena, apoderado por la mugre. Así que me presenté con la gorra descolorida, sucia, la guerrera sin apenas botones y deshilachada, los calzones remendados y los quevedos aliñados con cordel y alambre de paca. Primo me saludó con la efusividad que le caracterizaba (obviando el aire de pordiosero que llevaba), organizó en un santiamén una mesa ovalada y comenzó la comida con un brindis por España. Entre plato y plato el presidente iba exponiendo machaconamente sus ideas sobre Marruecos y otros temas militares, en el modo y la forma que tanto le gustaba hacer. «Cuanto se ha hecho hasta ahora ha

¹ Calamo currente. Expresión latina que significa «al correr de la pluma». Equivale a hacer algo sin reflexión previa, de improviso. Se usa, por lo común, al hablar de escritos.

sido un soberano disparate», aseguró sin soltar los cubiertos ni levantar la vista de un plato de pargo a la plancha aliñado con ajonjolí, y volvió a repetir su tesis más conocida entre los militares: «Gibraltar para España, y lo de más abajo para quien lo quiera».

El almuerzo estaba resultando muy ameno hasta que un camarero de librea oscura, al momento de los postres, entró taconeando en la sala llevando una bandeja que portaba los periódicos llegados de la península esa misma mañana. El ayudante de servicio, que no participaba del almuerzo, los ojeó con avidez buscando alguna nueva que comentar con don Miguel y, sin quererlo, soltó una exclamación de asombro que provocó un silencio en el comedor. Luego, por órdenes de Primo, dio lectura a la información que tanto había llamado su atención. La publicaba *La Unión Mercantil*, de Málaga, y bajo el epígrafe «Víctimas de la guerra» aparecían dos fotografías un tanto borrosas, pero reconocibles: la del comandante Frías, del Grupo de Alhucemas, que había fallecido en combate hacía pocos días, y la mía. Por debajo de los retratos, un titular afirmaba: «Mola ha muerto». A continuación, un artículo extenso, un panegírico digno de los dioses del Olimpo, del farmacéutico malagueño Juan Vázquez del Río, compañero de estudios y fervoroso admirador mío, glosaba en términos extremadamente laudatorios mi persona, mis supuestos méritos y la irreparable pérdida que suponía mi muerte no solo para la familia, sino para el Ejército de España.

Leer este responso en vida produjo en mí una mezcla de satisfacción y enojo, difícil de explicar, que dio paso a una reflexión algo más sosegada sobre el alcance que el bulo podía tener en la familia, en mis padres sobre todo. Por esta circunstancia, pedí permiso para ausentarme del almuerzo e ir a Telégrafos para enviar un recado a la parentela, pero el bueno de don Miguel, que estaba en todo, me alargó una cuartilla acompañada de su estilográfica y dijo:

—Redacte ahora mismo, en mi nombre, un telegrama para su señor padre, que ordenaré sea transmitido inmediatamente por el hilo directo. Antes de una hora lo tendrá en su poder.

Escribí:

«Presidente del Directorio a General Mola. Diputación, 369. Barcelona. Ha llegado de Dar Akobba su hijo Emilio sin novedad alguna. No haga caso noticias de prensa. Hoy ha almorzado conmigo y dentro de dos días saldrá hacia Larache. Saludos. Miguel Primo de Rivera. Tetuán».

No obstante, tan pronto como finalizó el almuerzo me dirigí a la oficina de Telégrafos para enviar yo mismo un nuevo telegrama de confirmación porque podría haberse dado el caso de que el remitido por Primo no hubiese llegado a destino. En la dependencia, el muchacho que atendía el servicio de ventanilla, al reconocermme, me enseñó el texto que el periodista Raimundo García, del *Diario de Navarra*, acababa de enviar a Málaga de manera apócrifa. Decía así: «Vázquez del Río. Unión Mercantil. Málaga. Los muertos que vos matáis gozan de buena salud». Al leer aquello la risa se me apoderó, contagié al mancebo y así estuvimos casi un largo minuto. Cuando abandonaba la estafeta, ya más ancho que largo, parafraseando a Cervantes, pensé para mis adentros: «Y luego, incontinentemente, caló el chapeo, requirió la espada, miró al soslayo, fuese, y no hubo nada».

Es verdad que no hubo nada porque vivo seguía, pero siempre recordaré lo que dijo uno de mis superiores, en conversación informal, cuando fui nombrado jefe de la mehala jalifiana² de Xauen: «Las balas son como las cartas. Cuando escriban el nombre en la mía... tendré que recibirla». Son palabras que hice propias entonces y que mantengo ahora, máxime cuando antes

² La *Mehal-la Jalifiana* fue creada en 1913 para servir de base al futuro ejército del Majzén, teniendo como misiones dar guardia al Jalifa, rendir honores en actos oficiales y auxiliar como tropa y policía al Ejército español de África en campaña. Formada por personal marroquí, los oficiales instructores eran españoles (*Jarrub*). Su primer comandante y fundador fue el teniente coronel de Caballería Miguel Cabanellas Ferrer. Las Fuerzas Jalifianas, nacidas como guardia palaciega del Jalifa, formarían los cuadros del actual Ejército de Marruecos tras la independencia.

de partir hacia Pamplona una gitana que se me acercó en Madrid, en el portal de nuestra casa, calle Miguel Ángel número 14, me leyó la mano a pesar de mi insistencia para que no la hiciera y dijo en voz baja con una media sonrisa: «Usted, señorito, va a *famarse* porque es *mu* valiente. Pero le veo que va a morir con las botas puestas. No sé cuándo, pero con las botas bien puestas». Ahora pienso que la carta que lleva mi bala puede estar circulando, aunque no tenga, por el momento, dirección ni destino.

Decía con anterioridad que no son estas mis memorias; tan solo simples reflexiones sobre la hora difícil que nos ha tocado vivir. En épocas pretéritas escribí sobre mis batallas en África (es lo último que he redactado), mi paso por la Dirección General de Seguridad, la monarquía y el sectario Azaña. No hay una tilde que añadir a aquello porque quedó negro sobre blanco mi pensamiento sobre la posición de España en África, nuestro glorioso Ejército y la función de los directores de la cosa pública. Algunos de estos relatos no han visto la luz todavía, por lo que mantienen íntegro el mensaje que pretendo transmitir: no es un pliego de descargos sino el testimonio de una persona que sirve a la patria allí donde la superioridad lo considera. Son textos —algunos— redactados mientras estuve preso o en arresto domiciliario, porque a mí la izquierda republicana, sus dirigentes, me difamaron hasta conseguir expulsarme del Ejército y privarme de cualquier ingreso.

Para ganar un sustento he fabricado juguetes, arreglado relojes y escrito cuentos semanales, artículos bajo seudónimo (utilicé un sobrenombre, Antonio del Amo, y como tal publiqué algunos textos para la Unión Nacional Económica sobre la defensa militar), he vivido oculto en casa de familiares y amigos, he tenido que doblar la rodilla y pedir a Azaña (bajo palabra de honor del militar que soy que jamás intentaría una fuga) que, por el bien de mi familia —mi mujer estaba a punto de dar a luz— y de unos hijos todavía con babero, sustituyera la prisión por un arresto en domicilio; eso sí, después de

hacer depósitos por valor de diez mil duros como garantía de no se qué responsabilidades civiles. El veintiuno de abril de mil novecientos treinta y uno, tras entrevistarme con Azaña, ministro de la Guerra, este ordenó de manera artera que ingresara en las prisiones militares de San Francisco, un antiguo cuartel, sin que se me comunicaran los cargos concretos por los que se me acusaba.

Tardaron tres días en presentar un escrito en el que se me daba a conocer mi procesamiento, el sumario 295/31, por haber autorizado que la Guardia Civil disparase contra la Facultad de Medicina, en lo que la prensa denominó los sucesos de San Carlos, un veinticinco de marzo, fiesta nacional en Grecia, cuando todos los que tienen dos dedos de frente y estaban conmigo saben de sobra que nada tuve que ver en esa decisión (en cualquier caso, los guardias dispararon en defensa propia y, para eso, no es necesaria autorización alguna. Algunos murieron por las descargas que recibieron desde la Facultad de Medicina y siempre recordaré aquella portada del *ABC* en la que se publicó a toda plana una fotografía de la madre del guardia Hermógenes Domínguez, asesinado por los disparos de los rebeldes, con este titular: «También los guardias civiles tienen madre». Esto no lo olvidaré jamás).

Por fortuna para mi familia, una ley de amnistía del Gobierno que presidía Lerroux me permitió en 1934 reintegrarme en el Ejército y al año siguiente Gil Robles, ministro de la Guerra, me nombró jefe de las tropas españolas en África. Ahora, el Frente Popular que nos gobierna —es una manera de hablar— acaba de revocar el nombramiento y me ha designado comandante militar de Pamplona, jefe de la XII Brigada de infantería, que pertenece a la VI División. Quiero mencionar con todo lo anterior que, en el filo de la cincuentena, no hay nada que pueda sorprenderme ni me haga arrodillar. Sigo vivo y al servicio de la patria, que es mi sitio. Dirán algunos que Pamplona es plaza de segunda para quien ha ostentado responsabilidades superiores, pero debo afirmar ahora que en el servicio a la patria no hay escalafón y que no hay labor pequeña cuando se trabaja para el bien común, como se hace en

el Ejército. Hoy es Pamplona, buena plaza válgame el cielo, mañana... mañana será otro día y Dios dirá.

De mi último destino traigo el cariño de mis ayudantes y dos recuerdos entrañables, obsequio de los compañeros de armas en África. Resulta que, una vez comunicada mi destitución como jefe de la Circunscripción Militar de la Región Occidental del Protectorado de España en Marruecos, con residencia en Melilla, hube de preparar el recibimiento de mi sucesor, el general Gómez Morato, según se me ordenó desde el ministerio, con la mayor pompa posible. No era partidario del bombo y platillo, pero cumplí las indicaciones y el 5 de marzo, en el muelle de Ceuta, di la bienvenida al sucesor, aguanté con estoicismo gritos injuriosos de la chusma que rodeaba la tribuna de autoridades y a continuación opté por la retirada para despedirme de los más allegados.

Fue una tarde triste y hermosa. Triste por abandonar aquella tierra y los amigos, hermosa por las muestras de cariño que recibí y que, a la postre, se concretaron en dos recuerdos bien útiles: una máquina de escribir portátil Remington de cinta bicolor y una cámara de fotos, una Leica I, con un objetivo Hektor de 50 mm, una lente de alta velocidad. Desde que, a los 14 años, mi padre me regaló una Kodak, tengo pasión por la fotografía, como ya la tenía por la lectura y la escritura. Los dos regalos que recibí, aparte de llegarme al fondo de lo más sensible, no pueden ser más prácticos. Ahora mismo, a las diez de la noche del diecisiete de marzo de mil novecientos treinta y seis, San Patricio, fiesta en Irlanda, estas cuartillas las estoy escribiendo con la Remington cuando en este caserón duerme todo el mundo, a excepción mía y del telefonista, un chico natural de un pueblo cercano a Pamplona que desde nuestra llegada me ha resultado muy simpático: habla el castellano como los apaches de las películas porque su lengua nativa dice que es el vasco. Se esfuerza tanto por expresarse bien, porque se le entienda, que a veces me ha parecido grotesco. En esta comandancia todos los que me han hablado de

él refieren que tiene un corazón sin límites y que es leal hasta la muerte. No hay duda: con gentes como él vamos a levantar España.

Ayer por la mañana hice fotografías de los exteriores de este palacio de los Reyes, o de Capitanía, que de ambas maneras lo llaman, y en algunas aparecen los niños, que están muy contentos de vivir en este extremo de la ciudad, rodeados por plataneros frondosos que ahora despuntan las hojas, sobre el río Arga y sus huertas, junto a un convento de monjas adoratrices que pasan una buena porción de su tiempo cantando alabanzas al Señor (las puedo oír en las mañanas con toda claridad, como si yo mismo estuviera en el refectorio acompañándolas en su colación; por la tardes entonan los salmos custodiadas por un órgano).

Al presente que escribo esto de los niños me vienen a la memoria algunos recuerdos, ya muy lejanos, de la ciudad donde nací, Placetas, provincia de Santa Clara, en la entonces española isla de Cuba, y de la primera vez que mi padre, Joaquín Mola López, capitán de la Guardia Civil y comandante de una compañía montada que tenía su sede en la casa cuartel de aquella plaza, me llevó a ver el mar (Placetas está en el interior de la isla, casi en su mitad longitudinal, y empleamos un día en la excursión). También recuerdo la primera vez que monté a caballo y anuncio que mi afición a estos animales permanece intacta desde entonces. Aprendí a distinguirlos por sus capas y diferencio plenamente un overo de un ruano, por qué no decirlo.

Del mar solo quiero añadir que, desde que mi padre me regaló en Placetas una goleta en miniatura (todavía soy capaz de ver su cara estupefacta cuando la eché a navegar por el abrevadero del cuartel), he sentido fascinación por todo aquello que sobrevuela las olas. Es más: el año pasado solicité, y obtuve, tarjeta de investigador en el Museo Naval de Madrid, y a este menester pienso dedicar mi tiempo libre en el futuro. Cuando abandonamos Cuba —tenía ocho años—, hice la travesía del Atlántico mayormente en la cubierta del buque mirando siempre al horizonte con mi madre pegada a la espalda

porque creía que, en una de esas, me iba al mar por la borda en un golpe de mala fortuna. Mi madre, Ramona Vidal y Caro, era criolla y, a pesar de su condición de isleña, se mareaba con solo mirar las olas. Qué paradoja.

Cincuenta años después de la muerte del dictador Francisco Franco, el drama que supuso la guerra civil española (1936-1939) continúa vigente. No solo existe la visión de los vencedores, también los múltiples manejos de esa versión. En el caso del golpe militar contra la República española, muchas publicaciones dan un papel protagonista a Franco y, en segundo plano, al general Sanjurjo. Esta novela cuestiona esas pretensiones cuando señala al general Emilio Mola como el artífice de la insurrección. Lo hace gracias a una sustancial investigación que relata los pasos dados para levantarse en armas contra el Gobierno legítimo y que pone en duda los motivos oficiales de la extraña muerte de quien se autodenominaba el Director. Con un estilo preciso, grandes dosis de ironía y una magnífica labor de documentación, Goñi ha pergeñado una trama apasionante que nos describe cómo transcurrieron los meses previos al levantamiento y hasta qué punto Mola tuvo una influencia decisiva en su diseño y ejecución. Una excelente recreación histórica que no dejará indiferente al lector.

Fermín Goñi (Pamplona) es licenciado en periodismo y ciencias políticas. Como escritor ha abordado diversos géneros, desde la narrativa o los libros de viajes hasta el ensayo periodístico. Entre otras, es autor de las novelas *Los escandalosos amores de mis amigos*; *Un crimen en línea recta* (FCE, 2023) o *Los muertos no pagan* (FCE, 2024) y de la trilogía novelada dedicada al proceso de la independencia sudamericana: *Los sueños de un libertador*; *Un día de guerra en Ayacucho* (FCE, 2021 y 2022) y *Todo llevará su nombre* (FCE, 2024).

ISBN 978-987-719-634-4



9 789877 196344